

de Estéban en nada fué inferior á la de los apóstoles en este punto.

¿Y quién sino el amor de Jesucristo, y un amor vivo, eficaz, activo y consumidor hubiera podido inspirar á este fiel discípulo aquella fortaleza de ánimo que le condujo á arrostrar el odio y la venganza de un pueblo amotinado y que manifestaba una sed insaciable de su sangre? Él ve que sus palabras han herido vivamente el orgullo de aquellos judíos rebeldes, y engendrado en sus almas el veneno mas implacable contra su persona; advierte el rechinamiento de dientes, oye la gritería que se levanta en medio de la multitud pidiendo su muerte, y sin embargo nada le acobarda. Tranquilo con el testimonio de su inocencia, asistido en aquel azaroso momento de la gracia del Espíritu santo, clava sus bellos ojos en el cielo, extasiase su alma y dice: «Yo veo ahora los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios.» Los judíos se tapan los oídos cual si hubiesen escuchado una horrible blasfemia; arrójanse sobre él á guisa de canes hambrientos, le arrastran fuera de la ciudad, y descargan sobre su cuerpo una nube de piedras, ínterin que el santo mártir no cesa de orar al Señor diciendo: Oh Jesus! recibid mi espíritu.

Aquí, señores, no puedo ménos de llamar toda vuestra atención, y exhortaros de nuevo á contemplar todo el heroísmo de san Estéban y su relevante mérito sobre todos los demas mártires del cristianismo. Vosotros no ignorais cuán poderosamente contribuya á disminuir en el hombre el horror del martirio inminente, el ver las glorias de los mártires que le precedieran. Persuadido de esta verdad el impío Juliano, adoptó contra los fieles un género de persecucion la mas fiera y cruel que jamas habia conocido la iglesia, en sentir del Nacienceno, cual fué el prohibir bajo la penas mas rigurosas que se rindiesen honores á los cadáveres de los que habian muerto por Jesucristo. Conocia el desventurado apóstata que la fe de las recompensas celestiales no era por sí sola tan poderosa en todos los pechos católicos, que no necesitase á veces ser ayudada de la esperanza de las recompensas del tiempo. Por eso la religion misma autorizaba y aun mandaba que fuesen custodiadas honrosamente las cenizas de sus mártires cual tesoros preciosos, y adoradas sus imágenes como

monumentos de triunfo, á fin de animar á los fieles con estas demostraciones, que si bien no debian mirar como el único aliciente que les hiciera optar al honor de una muerte gloriosa, eran no obstante un argumento infalible de su santidad. Ahora bien, señores, ¿qué gloria, qué recompensa, qué honor podia esperar san Estéban siendo el primero que ofrecia el sacrificio de su vida en defensa de la religion? Él no habia visto las palmas y las coronas con que esta adorna los sepulcros de sus héroes; no habia oído los armoniosos cánticos con que celebra su memoria; no habia contemplado los magníficos templos que eleva á su nombre, ni las doradas urnas en que encierra sus preciosos restos, ni las vistosas flores con que engalana sus altares, ni el concurso de los pueblos, ni los aplausos de la piedad. Solo veía á Jesus en la empinada cumbre del emperio, y esto solo bastó á su corazon lleno de fe y abrasado en caridad para morir generosamente por una ley abyecta, despreciada y que no ofrecia á su vista galardón alguno temporal, y sí vilipendio, deshonor, reprobacion, insultos é infamia. La caridad le sostuvo en los tormentos, la caridad le hizo superior á los dolores, la caridad, en fin, fué el arma con que combatió en defensa de la religion. «Con ella, dice el padre san Fulgencio, venció la crueldad de los judíos; con ella excusó la pérfida malignidad de sus mismos verdugos; con ella arroyó á los que erraban para que se corrigiesen; con ella intercedió por los que le apedreaban para que no fuesen castigados; ¿y quién sino ella le hizo triunfar de Saulo y conseguir que fuese compañero suyo en el cielo el que habia sido su mas tenaz perseguidor en la tierra?»

Oh caridad heroica! Oh prodigio de amor! ¿quién jamas vió un heroísmo semejante? Solo tú, oh Jesus amantísimo, habias dado al mundo un ejemplo de esta clase: tú que, hecho el blanco de los insultos de un pueblo febricitante de cólera, y rodeado de los dolores mas acerbos, estando ya para entregar tu postrimer aliento, elevaste tus plegarias al cielo y exclamaste en favor de tus enemigos: ¡Padre mio, perdónalos, pues ignoran lo que hacen! Despues de tí, Estéban fué el primero que repitió este mismo grito de clemencia; el primero que respondió con palabras de paz á las injurias de los que le maltrataban; el primero que ahogando los sentimientos de una vil venganza autorizada por los antiguos, perdonó á sus tiranos

é interesó al cielo en su favor; el primero que nadando en su sangre y sintiendo que ya su alma iba á desprenderse de su cuerpo, exclamó: «Dios mio! no les hagas cargo de este pecado.»

El cielo oyó este grito de Estéban, católicos, y no hizo infundadas sus esperanzas. Ved á aquel Saulo, lobo rapaz, en frase de san Agustín, perseguidor incansable de la naciente iglesia de Jesus, y que como se expresa el santo doctor, no solamente habia consentido á que se llevase á cabo la muerte de este justo, sino que como si no bastase á satisfacer su encono el apedrearle con sus solas manos, quiso apedrearle con las manos de todos los demas, encargándose de custodiar sus vestidos durante la ejecucion del homicidio; vedle, digo, convertido á la nueva ley y transformado de impío en santo, de sanguinario en doctor, de perseguidor en apóstol. El Dios de Estéban ha obrado este prodigio por la oracion de su siervo. Él se ha servido de la muerte de este primer atleta de la fe para llamar á la vida á su primero y mas cruel adversario. Su sangre preciosa, derramada en el seno de aquella Jerusalem avezada á matar á sus profetas, y á apedrear á los enviados del Señor, ha sido la fecunda semilla que ha producido ese árbol frondoso que tanta gloria ha dado á Dios y tan vastas conquistas ha reportado al Evangelio. Así lo asegura san Juan Crisóstomo por estas palabras: *Ejectus est Stephanus, et pullulavit Paulus.* Gloriense en buen hora los pueblos de Arabia, de Siria, de Licania, de Cilicia, de Frigia, de Galacia, de Macedonia, de Chipre, de Malta, de Candia y de Rodes; aplaudan con santo orgullo al grande apóstol que les llevó la luz de la fe y la felicidad de la religion; reconozcan empero con san Agustín que todo esto lo deben en primer lugar á la intercesion de Estéban, sin cuya oracion, como se expresa, no hubiera tenido la iglesia á san Pablo por apóstol (1). Y no solo san Pablo, sino tambien todos aquellos que en la sucesion de los siglos han dado al mundo el admirable espectáculo de una muerte heroica sufrida por la fe de Jesucristo, son otras tantas perlas que embellecen la inmortal diadema que ciñe las sienes del insigne protomártir san Estéban. Su ejemplo fué el que les abrió el

(1) *Si Stephanus non orasset, Ecclesia Paulum non haberet.* (S. Aug. Serm. de S. Steph.)

camino del martirio, en el que hasta entónces ninguno habia entrado. Desde que él bebió el cáliz amargo de la pasion que su divino Maestro apurara hasta las heces en el Calvario, muchos se animaron á probarle. Desde que él se atrevió á luchar el primero con la muerte, esta dejó de aparecer tan temible y horrorosa como hasta entónces se manifestara; pudiendo decirse que en la carne de Estéban se habia embotado su aguijon y perdido todo su imperio. Verdad es que Jesucristo la venció en la cruz, y que allí fué donde concluyeron sus victorias; pero el vencedor era un Hombre-Dios, de consiguiente el hombre por sí solo era demasiado débil para atreverse á disputarla sus últimos despojos. Menester era una plenitud de gracia y de fortaleza como la que residia en san Estéban, para ser el primero en tan comprometida lucha. Luchó Estéban, venció, y su triunfo fué decisivo. Los hombres que vieron á uno de su especie morir rebotando júbilo, y celebrando las glorias de la cruz, ya no temieron abalanzarse á la muerte y ofrecer pródigos hasta la última gota de su sangre. Entónces se vió á Santiago plegar su cuello bajo el cuchillo de Heródes, y consumir su gloriosa carrera con el mas heroico valor. Entónces se vió á Pedro, Pablo y los demas apóstoles insultar los azotes, las cadenas, la persecucion y todo género de tormentos por la gloria de Jesus, hasta dar por último sus vidas en diversos países y con diversos géneros de suplicios. Entónces se vió un sinnúmero de confesores, que durante tres siglos de la mas cruel tiranía renovaron en todo el universo el admirable ejemplo de heroísmo que en la deicida Jerusalem diera el primero el prototipo de los mártires Estéban.

¿Qué mas pudiera añadirse en elogio de este perfecto discípulo del Salvador del mundo? ¿Qué diadema mas preciosa pudiéramos colocar sobre sus sienes, que decir fué el modelo de los mártires, el primero que imitó á la víctima del Calvario, el primero que marchó por sus sangrientas huellas, el primero que acercó á sus labios la copa amarguísima de los tormentos, el primero que vadeó el Jordan de la muerte, el primero que selló con el sacrificio de su vida el testimonio de su fe? Un hombre que en medio de una nacion ciega, carnal, embriagada de furor contra Jesucristo á quien acaba de condenar al suplicio de los malhechores, se presenta solo á luchar con los mismos enemigos de este Hombre-Dios, disputa con ellos, los con-

funde, los hace enmudecer, y por último, víctima de su odio, sufre sus insultos, tolera sus vejaciones, recibe con gozo las piedras que le lanzan, y los perdona, y ruega por ellos, y ofrece su propia muerte en expiación de su maldad, y espira conjurando al cielo que no les impute á culpa su martirio; este hombre, digo, ¿no es verdaderamente el mas insigne prodigio de la gracia y el mas extraordinario portento de fortaleza?

Deje ya de admirarse el mundo de que Dios haya hecho tan célebre la memoria de san Estéban. El primer mártir de la religion cristiana merecia que el cristianismo todo le honrase de una manera singular, puesto que en ese generoso atleta mira como personificadas todas las glorias que vienen ilustrando á la iglesia á través de siglos y siglos. Así que nada hay para mí de sorprendente en que las naciones todas del universo le reverencien, le alaben, le consagren templos, le dediquen altares é imploren su poderosa proteccion. Nada me extraña que una multitud de pueblos le hayan elegido por patrono y genio tutelar, y como á tal le confien el éxito de sus mas caros intereses. Nada me admira que san Agustin le atribuya la gloria de haber conseguido con su intercesion conversiones maravillosas en diversos países gentiles. Nada me asombra que la Hungría le reconozca como el autor de su felicidad y el fundador de la religion cristiana en aquel país, conservando con veneracion en los fastos de su historia la memoria de aquel dia en que apareciéndose á la esposa del rey Geisa, que se hallaba próxima al parto, la dijo que el niño que llevaba en su seno se llamaria como él, estaria siempre bajo su proteccion, pacificaria sus pueblos y haria florecer en ellos la fe de Jesucristo (1), como en efecto aconteció, dando á luz á Estéban I, cuya santidad celebra la iglesia, y cuyo celo en propagar la religion le mereció el renombre de apóstol de la Hungría. Nada en fin me maravilla que el cielo haya engrandecido su sepulcro con tantos portentos, que el mismo san Agustin, queriendo refutar á los que en su tiempo se atrevian á negar este poder concedido por Dios á sus siervos, se contentase únicamente con aducir en contrario los muchos milagros que á la sazón se obraban en todas partes por la intercesion del insigne protomártir, siendo tantos, que

(1) Véase Segneri, *Panegírico en onore de S. Stephano protomartire.* (Part. 1, circ. fin.)

en sentir del santo doctor, serian necesarios volúmenes enteros para referirlos todos.

Glorifiquemos pues al Señor, que tan admirable se ostenta en sus santos. Engrandezcamos su misericordia porque se dignó dar á su iglesia un ejemplo tan insigne de fe y de fortaleza cristiana en nuestro prodigioso protomártir Estéban. Imploremos los divinos auxilios por su mediacion, para poder hacer frente á los enemigos de nuestra fe. Imitemos la pureza y santidad de su vida, y sobre todo su caridad heroica y su constancia sin ejemplo. No en vano nuestra madre la iglesia, tan sabia, tan prudente y tan celosa siempre de la felicidad espiritual de sus hijos, celebra la festividad del discípulo mas fervoroso de Cristo, inmediatamente despues de la del nacimiento del Maestro. Su principal objeto es hacernos ver que no solo no es imposible marchar por sus huellas, sino que estas, aunque escabrosas y dificiles, nos conducen á una gloria inefable cual hoy disfruta en el cielo san Estéban. Por eso nos alienta con el ejemplo de este ilustre héroe á no temer las privaciones, las trabajos y la muerte misma, poniéndonos á la vista la dulce perspectiva de una recompensa que sobrepaja todo cuanto puede imaginar el entendimiento humano. Ved cómo nos habla por boca del insigne doctor san Fulgencio: «Ayer celebrámos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos la pacion victoriosa de su soldado. Ayer el Monarca celestial, sacando del seno de una vírgen vestido de los despojos de nuestra carne, se dignó visitar el mundo; hoy su glorioso atleta, abandonando la carne del cuerpo, se elevó triunfante hácia el cielo. Aquel, conservando la majestad de un Dios, rodeóse el cingulo de nuestra naturaleza para pelear en el campo de este siglo: este, depuestas las vestiduras de un cuerpo corruptible, subió al palacio celestial para reinar por siglos sin fin.»

«Sí, ¡oh ilustre protomártir! tu reinas en aquella feliz mansion en donde ya no corren de los ojos las lágrimas del desvalido, en donde no se oyen los lamentos de la desgracia, en donde no hallan cabida los dolores de la humanidad, en donde todo es gozo, satisfaccion y felicidad. Allí disfrutas de la inmarcesible gloria que te preparó tu constancia, y ciñes los laureles á que te hizo acreedor una muerte heroica, que sirvió de ejemplo y de aliciente poderoso á todos los confesores de Jesucristo.»

Míranos pues clemente desde ese trono que ocupas tan cerca de tu dulce Maestro. Derrama en el seno del Omnipotente tus fervorosas plegarias en favor de los que todavía militamos en este valle de quebranto, centro de miserias y campo de guerra interminable. Consíguenos tu fe viva y robusta para oponernos á los tiros de la incredulidad; tu fortaleza invicta para arrostrar las persecuciones de la impiedad; tu caridad ardentísima para perdonar los ultrajes de la crueldad. Sea en fin tu proteccion un arma poderosa con que triunfemos en esta vida de los adversarios de nuestra alma, para merecer en la otra la corona imperecedera que ciñen tus sienes en el reino venturoso de la inmortalidad.

## SERMON

### DE SANTA EULALIA DE BARCELONA

VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

IMPORTA MUCHO TENER SIEMPRE PRESENTE EL FIN DE NUESTRA VIDA, Y PERSEVERAR EN EL BIEN VERDADERO Á TODA COSTA.

*Ecce venio cito, tene quod habes ut nemo accipiat coronam tuam.*

Vengo pronto, conserva el bien que tienes hasta el fin, para que nadie se lleve tu corona.

*Apocal. c. 3. v. 11.*

Al ver una niña abrasada en el amor de su Dios cuando apenas podia tener discernimiento para conocerle, al ver á una niña que suspira por morir por Jesucristo, cuando todavía no conoce al mundo ni ha experimentado que vive sobre la tierra, al verla despreciar los peligros, insultar á los tiranos, reirse de los tormentos, hacerse superior á los temores, á las amenazas, á los ruegos y caricias, al verla sostener con la fortaleza de un héroe unos castigos y suplicios incompetentes á su edad y á su sexo, y conservarse hasta el último suspiro en la fe pura y en la sana doctrina que recibió en la cristiana educacion de sus padres, no podemos ménos de reconocer un alma formada segun el importante aviso del Apocalipsis: *Ecce venio cito, tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* Ten entendido que he de venir pronto, conserva el bien que tienes para que nadie reciba tu corona.

Hablo, hermanos míos, de la admirable vírgen y mártir santa Eulalia, de esta heroica niña cuya corta vida y gloriosa muerte ofrece materia abundante para confundir al incrédulo, infla-